

Y partiéndolas en hebras
 Cuando como espejos salen
 Las rice, columpie y trence
 Suelto y revoltoso el aire.

EL AGUA

—Bien pensé, Amor, que eras loco,
 Mas no que tan loco fueses
 Que buscaras en mis ondas
 Tus hermosuras rebeldes.
 Si las hermosas se miran
 En el cristal de las fuentes,
 Es porque el perfil se borra
 Cuando el lindo rostro vuelven.
 Que si en el cristal quedaran
 Sus imágenes perennes,
 Por celos de aquella copia
 No se asomaran á verse.
 Vano consuelo es que quieras
 Ver la tuya en mi corriente,
 Para que viendo tu sombra,
 Con tu sombra te consueles.
 Porque si tal es el fuego
 Que tus turbios ojos vierten,
 Tal hará que hierva el agua,
 Que tu sombra no refleje.

Mas si al jardín, como dices,
 Por tu ventura saliere,
 Que la has de volver la espalda
 Si te lo persuades, mientes.
 Que, ó por postrarte á sus plantas

Ó porque mejor te viere
 Iráste loco tras ella
 Aunque de verte la pese:
 Y si te pinto su imagen
 En mis aguas transparentes,
 Acaso en tu desvarío
 Tanto por ella te ciegues,
 Que para abrazarla osado,
 Por mis ondas atropelles,
 Confundiendo ambos retratos
 Con barro, algas y peces.

No extrañes que tal te diga,
 Amor, si oirme te ofende,
 Que, según lo que deliras,
 No es extraño que tal piense.
 Y has de saber, pues en premio
 De mi compasión me ofreces
 Que sol, aves, hojas, flores,
 Amorosos me requiebren,
 Que aunque tú no lo mandaras,
 En esto ellas te obedecen:
 Pues si las aves me trinan,
 Es porque mis aguas beben;
 Si los árboles me arrullan,
 Es porque yo les remede;
 Si las flores me embalsaman,
 Porque mis aguas las rieguen;
 Y si el sol me tornasola,
 Es porque yo le refleje;
 Y el aire es tan galán mío
 Que imposible me parece
 Que ondular puedan mis hebras
 Sin que blandó me las bese,
 Y revoltoso jugando,
 Las rice, columpie y trence.



À la muerte de

¿Qué te harás sola en el sepulcro lóbrego,
 Sin oír las palabras de un amigo? [go,
 ¡Si al menos ¡ay! los días que me restan,
 Bajo la húmeda losa
 Pasara yo contigo!

Yo cubriría con mi cuerpo el tuyo
 Cuando la lluvia fría penetrara,
 La piedra que te oculta de mis ojos,
 Y el cierzo de la noche
 Tus sienes no tocara.

Y mis manos la hierba arrancarían
 Que creciera en la tumba abandonada,
 Y alejaría el fétido gusano
 Que se arrastrara hambriento
 Con su sorda pisada.

Mas tú, ¡alma mía!, por tus rubias tren-
 Bullir le sentirás y por tu frente [zas
 Sin poder rechazarle, mientras el hombre
 Contemplará tu tumba
 Con ojo indiferente.

¡Si al fin quedaran las almas
 Velando el difunto cuerpo,
 En pláticas amorosas
 Con las almas de otros muertos;
 Si al fin así descansaras
 Bajo el pabellón del cielo,
 Sin que el tumulto del mundo
 Turbara nunca tu sueño;
 Si el amor que se hubo en vida
 Muriera en el cementerio,
 Y no hubiera en otro mundo
 Memoria del mundo nuestro!....

Mas ¡ay! que vendrán los hombres,
 Falsas plegarias mintiendo,
 Todos los años un día
 A visitar vuestro lecho.
 Vendrán con sus oropelos,
 Sus farsas y devaneos,
 La vanidad en el alma,
 La vida en el pensamiento.
 No á mullir vuestras almohadas,
 No á daros santos consuelos,
 Derramando en vuestras tumbas
 Las flores de los recuerdos;
 No á reconocer su nada
 En los despojos del tiempo,
 No á ver lo que sois vosotros,
 Para ver lo que son ellos;
 Que aunque un espejo es la tumba,
 Cubrir su cristal supieron
 Con velos de mármol y oro,
 Cuyo cortinaje espeso,
 Robando al cristal las luces,
 Impide que, á sus reflejos,
 El vidrio fatal les pinte
 El polvo donde nacieron.
 No; que vendrán á deciros
 Que han mentido en otro tiempo,
 Cuando al daros un sepulcro,
 «Dormid en paz», os dijeron.

Mas habrá un cielo, por dicha,
 Detrás de ese cielo azul,
 Donde irán, paloma mía,
 Los que mueren como tú.

Allí viviréis tranquilos,
En alcázares de luz,
Con los ángeles que velen
Por vuestra santa quietud;
En pabellones de estrellas
Alfombrados de tisú,
Libres de ingratos recuerdos
De la desdicha común;
Porque al abrirse las puertas
Del misterioso ataúd,
Hallan paz, vida y contento
Los que mueren como tú.

Que fresca brisa serena
Halague tu casta sien,
Del bello jardín de Edén,
¡Oh purísima azucena!
Duerme pacífica, sí,
En un lecho de alelí
Que te formen para ti
Los ángeles del Señor;
Y en un porvenir risueño,
Duerme, duerme, dulce dueño,
Y que te vele tu sueño
Un espíritu de amor.



Y dé placer á tu oído,
Súsurando mansamente,
De alguna encubierta fuente
El misterioso rüido.
Y en tus ensueños de paz
Te preste grato solaz,
Con su armonía fugaz,
Algún lejano laúd;
Y por tu mente resbale
Aérea ilusión que iguale
De blanca luna que sale
A la transparente luz.

Mientra en brazos del destino
En las tinieblas que estoy,
A ciegas buscando voy
De tu morada camino.
Y pasan las horas mías
Como turbias ondas frías
Que sus revoltosos días
Sañudo invierno formó;
Como barquilla que mece
Ruda tormenta que crece,
Cual se agosta y desaparece
Flor que en la nieve brotó.

LA ORGÍA

La sombra nos cobija
Con su tapiz de duelo;
Cansado ya del cielo,
El sol se hundió en la mar.
El mundo duerme imbécil,
Vacilan las estrellas;
En torno á las botellas
Venid á delirar.

Venid, niñas sedientas
De libertad y amores,
Que fiestas y licores
Dan libertad y amor;
Húmedos de esperanza
Traed los ojos bellos,
Sin trenzas los cabellos,
La frente sin rubor.

La vida es una farsa
Hipócrita y demente,
Y el mundo, indiferente,
Se cansa del placer;
El mundo se ha dormido;
Romped vuestros papeles,
Dejad los oropeles
Que vano os prestó ayer.

Dejad de esa comedia
El torpe fingimiento;
Ahogad el preso aliento
Con larga libación;
La sombra, si ese cielo
Su luz tiende importuna,
Envolverá la luna
En tocas de crespón.

¡Oh! Lejos de los ojos
De la curiosa plebe,
La copa en que se bebe
Nos abre un ancho Edén;

El fondo cristalino
Las luces multiplica,
Y de vapores rica,
Perfuma nuestra sién.

Los labios desfrenados,
La lengua desatada,
En larga carcajada
Prorrumpen sin cesar;
La lumbre de los ojos,
Inquieta y silenciosa,
Los ojos de una hermosa
Se afana en reflejar

Venid á los festines
Avaras de placeres,
Que el cielo en las mujeres
Ateoró el placer;
Venid, niñas, sin cuitas,
Desnudo el albo seno,
Porque quiero el veneno
De vuestro amor beber.

Cuando la inquieta mente
Con el vapor vacile,
Y revoltosa apile
Fantasma de vapor,
Veréis cómo, insensata,
El ánima delira,
Y voluptuosa aspira
El ámbar del amor.

Entonces, en la sombra,
Las pardas muselinas
Visiones peregrinas
Flotando mostrarán;
Y en cada marco de oro,
Cerradas las pinturas,
Diabólicas figuras
Al vidrio asomarán.

Entonces, cada lámpara
Parodiará una hoguera,
Que miente y reverbera
Las lámparas del sol;
Y en el balcón la luna,
Parecerá una estrella,
Donde arde una centella
Del fúlgido farol.

Cada sonoro brindis
De la animada fiesta,
Nos fingirá una orquesta
De mágica ilusión;
Un eco misterioso,
Sin canto ni instrumento,
Que irá con el aliento
A dar al corazón.

De cada ardiente beso
Fí líbrico estallido,
Itasgará el sostenido
Murmullo bacanal,
Como reloj deshecho,
Que sin marcar las horas,
Sacude las sonoras
Campanas de metal.

El mundo duerme, niñas;
Bebamos y cantemos,
Que más no sacaremos
Del mundo engañador;

Húmedos de esperanza
Traed los ojos bellos,
Sin trenzas los cabellos,
La frente sin rubor.

Venid, y mal prendidos
Los velos y los chales,
Prodiguen, liberales,
La luz de vuestra tez;
Los ondulantes rizos
Flotando por la espalda,
La mal ceñida falda
Mintiendo desnudez.

Y las de negros ojos,
Que ostenten su mirada
Altiya, enamorada,
Con infernal pasión;
Y las rubias ostenten,
Sin máscaras de tules,
Las pupilas azules
Y rojo el corazón.

La noche se desliza,
Su llama el sol enciende,
El día nos sorprende,
Va el mundo á despertar.
¡Cantemos y bebamos,
Que cuando venga el día,
El sueño de la orgía
Le volverá á apagar!



EL CANTO DE LOS PIRATAS

Traducción de Víctor Hugo.

*«Alerte! alerte! Voici les pirates
D'Ochali qui tracersent le détroit.»*

LE CAPTIF D'OGHALI.

Con cien cautivos llevamos
Fietada nuestra gálera,
Que en una y otra ribera
Para el harén reclutamos.
¡Al mar, al mar, marineros!
En Fez entramos mañana.
Somos ochenta remeros
Sobre nuestra capitana.

Cabe un convento botamos
Al agua el ancla tenaz;
Linda muchacha apresamos,
Dormida en traidora paz:
Mil fantasmas hechiceros
Soñaba, á la mar cercana.
Somos ochenta remeros
Sobre nuestra capitana.

—Forzoso es, niña, callar:
Ea, ganemos el viento;
Esto no es más que cambiar
Por un harén un convento.

Os haremos mahometana
Y el Sultán ha de quereros.
Somos ochenta remeros
Sobre nuestra capitana.—

Huir desesperada quiso.
—¡Y osáis, hijos de Satán!....—
Lloró, suplicó.—Es preciso—
La contestó el capitán.
Sus clamores lastimeros,
Su resistencia, fué vana.
Somos ochenta remeros
Sobre nuestra capitana.

En su dolor, parecían
Sus ojos un talismán;
Mil cequíes bien valían:
La hemos vendido al Sultán.
Lo debe á mis compañeros:
Ayer monja y hoy Sultana.
Somos ochenta remeros
Sobre nuestra capitana.

